

~~¿UNA NOVELA DEL SIGLO V?~~

*Eufrosina de Alejandro*

¿Una novela del siglo V de nuestra éra en Bogotá?  
 ¿Una novela cuyas escenas pasan en la riente Alejandria? En realidad, parece un acontecimiento algo exótico la aparición de *Eufrosina* en un medio como el nuestro, en que para ciertos críticos es gravísimo pecado mortal el cultivo de las humanidades; pero no sólo el cultivo de las humanidades, sino el amor de cualquier estudio que revele paciencia, agudeza de entendimiento y desinterés heroico. ¿No es hoy mister Gáster, por otra parte, el amo y señor de la república? ¿No le debemos todos sumisión y respeto?

Quizás la obra de don Francisco M. Rengifo provoque la maliciosa sonrisa de algunos escritores que, muchas veces hasta con talento, pero embriagados en olas, no de incienso, sino de humildes cáscaras de naranja, *do ut des*, desdeñan las obras que, como *Eufrosina*, demandan las dilatadas horas de meditación que pide el arte, siempre avaro, el cual no prodiga sus dones sino después de muchísimos desvelos.

Para juzgar con acierto las novelas históricas hay que situarse en un punto de observación que requiere mucho juicio. Una novela histórica no es una producción didáctica, por más que su desarrollo se verifique en una época determinada, en la cual por fuerza tienen que moverse sus personajes, limitando bastante el campo de la inspiración creadora. Parece que en esta clase de obras la tesis prevalezca sobre el ideal poético. Es menester, pues, suma habilidad para hacer que la belleza se realice en un conjunto armónico, sin sacrificio de la verdad histórica. Alejandro Dumas, padre, quiso hacer de la corte romana, en tiempo de los Médicis, un

escenario muy a propósito para sus argumentos, sin el conocimiento profundo de época de tan variado número de facetas, y sólo consiguió desvirtuar y corromper el carácter de algunos personajes, como el de Lucrecia Borgia, con agravio al propio tiempo de la moral, el buen criterio y la belleza.

Estamos muy lejos de la fórmula romántica *del arte por el arte*, tan incomprensible ante la lógica como inadecuada ante la estética. Profesamos más bien el principio del *arte por la belleza*. Para los artistas griegos la teoría del arte por el arte habría sido algo que no se hubieran explicado ni los más sutiles filósofos. El arte en Grecia tenía fines prácticos y utilitarios, como lo expresaban sin excepción sus grandes pensadores. La estatuaría constituía la página más saliente de la historia civil de la confederación helénica. El arte griego tenía una misión patriótica, una misión política, y sobre todo una misión religiosa. El artista, enalteciendo y depurando cada vez más las formas sensibles de los dioses y los héroes, más que con un imperativo de su genio cumplía con un deber de ciudadano. Tampoco había en Grecia la noción del plagio. La obra de los ilustres maestros, cuyos motivos eran en extremo limitados, formaban el sagrado patrimonio común y se repetían sin cesar en todos los talleres, figurando en las estelas funerarias y en los ex-votos de los templos. La tanto llegaba entre los griegos la misión social del arte. A la moderna novela histórica no se le pueden negar, como cosa secundaria, ciertos móviles utilitarios, siempre que éstos estén subordinados al último y supremo fin del arte: la creación de la belleza.

*Eufrosina de Alejandría* no pertenece a esa familia de novelas históricas que se refieren a la época heroica del cristianismo. No tiene el poderoso alcance de *Quo*

*Vadis*, a través de cuyas páginas modeladas en bronce latino, aparece la figura doliente de Polonia ante la Rusia de los Czares; tampoco se baña en el vívido resplandor con que *Fabiola* encanta los ojos, ni el hechizo de *Bibiana*, el primoroso cuadro de don Juan Ortí y Lara.

*Eufrosina* no es una mártir del cristianismo como sus púdicas hermanas de las épocas anteriores. En el tiempo de su fugaz aparición en la tierra, el paganismo oficial, digamos, había sido vencido ya, y su último símbolo, el altar de la victoria, había caído para siempre a los redoblados y formidables golpes de los apologistas cristianos. Una nueva lucha sostenía la Iglesia en tan turbado siglo, la lucha sin tregua contra las herejías que sin término tomaban innumerables y renacientes formas. Es cosa muy compleja el estado de los espíritus por aquellos tiempos, en que agoniza una creencia que arraigó durante siglos en los corazones, comunicándoles a las instituciones y a las costumbres su ser y su vida y en que una nueva y robusta fe se levanta poniendo en un punto diametralmente opuesto el centro de las almas. La Roma de los emperadores va perdiendo prestigio a toda prisa y el imperio de Oriente atrae sobre sí todas las miradas. Alejandría ha venido a ser la capital intelectual del mundo antiguo. No es Platón, no es Aristóteles el que domina en la agitada ciudad; es el neoplatonismo, una especie de doctrina sincrética, en que el espíritu griego se enlaza con el espíritu oriental, y uno y otro, en contrahecho misticismo, le hacen frente a los doctores de la filosofía cristiana.

La edad en que *Eufrosina* vivía, ésta de que acabamos de hablar, no puede estar más llena de interés. San Cirilo rige por entonces la sede de Alejandría, y

el gran patriarca ha tenido que sostener rudas batallas contra la audaz herejía de Nestorio. Es la hermosa ciudad de Oriente, en donde las sectas pululan, la que ha presenciado la grandiosa victoria de Cirilo sobre tenaces enemigos que a la Virgen María le negaban el nombre de Madre de Dios, *Dei genitrix*.

El que quiera tener una idea clara y precisa de Alejandría en el siglo V de nuestra era, bien puede leer la novela de don Francisco M. Rengifo. Se necesita una enorme erudición para haber trazado las páginas de *Eufrosina*. Parece que estamos viendo cada uno de los lugares que el novelista nos describe; y él lo hace con tanto garbo y llaneza, como si fuera un habitante muy andariego y conocedor de sus calles principales y de sus últimos suburbios; pero sobre todo nos cautiva el ambiente filosófico que domina dondequiera, el cual le infunde carácter y vida a los personajes de *Eufrosina*.

Cuenta, eso sí, con ir a buscar en este libro el choque estruendoso de las siniestras pasiones que estallan en el corazón humano. La serenidad helénica señorea todas sus páginas, lo cual para nosotros constituye su mayor hechizo, sin hablar de su estilo de sobria y castiza forma castellana, libre por igual de lugares comunes y de enrevesados giros. La trama de *Eufrosina* es muy sencilla y el desenlace, casi inesperado, se presenta de una manera fácil y natural como todos los acontecimientos humanos. El libro no contiene nada milagroso ni contrario a las leyes que rigen las cosas; y a tanto llega en este punto el escrúpulo del autor de *Eufrosina* en esta materia, que cuando de algún hecho poco ordinario se trata, él tiene cuidado de citar, en notas, algún fragmento de antiguas letras en que descansa su aserto. Así tenía que ser en un escri-

tor que ha vivido saboreando el dulce licor de la fecunda literatura griega, toda llena de un suave realismo.

Hubiéramos querido que un libro como éste en que nos estamos ocupando, tuviese sus notas aclaratorias al final. Bien se comprende que estas notas son de rigor en las obras de erudición; pero incluídas al fin de las páginas del libro le dan a éste cierto aspecto de tratado científico, el cual no cuadra bien con una obra de arte que no se propone tema docente ninguno, sino hacer vivir al lector en uno de los tiempos más conturbados y dramáticos de la historia.

El modesto autor de *Eufrosina de Alejandría* no necesita de nuestro humilde aplauso. Hartos ha merecido por otros trabajos tanto filosóficos como literarios. A los hombres que, como él, han puesto todo su corazón y su inteligencia en el estudio de obras de mucho aliento, les basta para la propia satisfacción el poder volar con sus mismas alas por diáfanos mundos no presentidos del vulgo. El docto profesor de humanidades del Colegio del Rosario, de donde salió fuertemente armado para las luchas del saber y la virtud, debe de mirar con desdén este otro mundo de las estériles luchas, en que los hombres se despedazan sin piedad por un puñado de monedas, y viven de rodillas ante el becerro de oro, como si no existieran los grandes, nobles y fecundos intereses espirituales.

LUIS MARIA MORA.